

NORTE

Una antología

.....

EDUARDO ANTONIO PARRA
(Compilador)



Coedición: Ediciones Era / Fondo Editorial de Nuevo León /
Universidad Autónoma de Sinaloa

Primera edición: 2015

ISBN: 978-607-445-422-2 (Era)

ISBN: 978-607-8266-74-6 (Fondo Editorial de Nuevo León)

ISBN: 978-607-737-088-8 (Universidad Autónoma de Sinaloa)

D.R. © 2015, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Centeno 649, 08400 México, D.F.

Oficinas editoriales:

Mérida 4, Col. Roma, 06700 México, D.F.

www.edicionesera.com.mx

D.R. © 2015, Fondo Editorial de Nuevo León

Zuazua 105 - 2 Sur, 64000, Monterrey, N.L.

www.fondoeditorialnl.gob.mx

D.R. © 2015, Universidad Autónoma de Sinaloa

Ángel Flores s/n, Centro, 80000 Culiacán, Sinaloa

Dirección de Editorial

www.uas.edu.mx

Foto de portada: *Charco Cercado*, © Eniac Martínez

Diseño de portada: Juan Carlos Oliver

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido
total o parcialmente por ningún medio o método
sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part,
in any form, without written permission from the publishers.*

Í N D I C E

EDUARDO ANTONIO PARRA	9	Prólogo: <i>La tradición del norte</i>
MARTÍN LUIS GUZMÁN	19	<i>La fiesta de las balas</i>
ALFONSO REYES	34	<i>El hombrecito del plato</i>
JULIO TORRI	38	<i>El vagabundo</i>
RAFAEL F. MUÑOZ	40	<i>Oro, caballo y hombre</i>
NELLIE CAMPOBELLO	48	<i>El muerto</i>
RAMÓN RUBÍN	50	<i>El reloj</i>
JOSÉ REVUELTAS	55	<i>Barra de Navidad</i>
EDMUNDO VALADÉS	61	<i>La muerte tiene permiso</i>
ABEL QUEZADA	68	<i>El tigre Benavides</i>
INÉS ARREDONDO	75	<i>La señal</i>
MIGUEL MÉNDEZ	79	<i>El hombre víbora</i>
IRMA SABINA SEPÚLVEDA	84	<i>El oso</i>
JESÚS GARDEA	90	<i>Como en el mundo</i>
FEDERICO CAMPBELL	94	<i>Tijuanenses</i>
RAFAEL RAMÍREZ HEREDIA	100	<i>Albur de amor</i>
IGNACIO SOLARES	108	<i>Los miedos</i>
SALVADOR CASTAÑEDA	115	<i>Salvador</i>
CARLOS MONTEMAYOR	118	<i>Vásquez</i>
VÍCTOR HUGO RASCÓN BANDA	123	<i>La Casa de las Golondrinas</i>
ÉLMER MENDOZA	130	<i>El caso de Marlene Stamos</i>
RICARDO ELIZONDO ELIZONDO	133	<i>El fenómeno físico</i>
MAGOLO CÁRDENAS	136	<i>Los húngaros</i>
CÉSAR LÓPEZ CUADRAS	141	<i>El león que fue a misa de siete</i>
DANIEL SADA	153	<i>Cualquier altibajo</i>
GUILLERMO LAVÍN	157	<i>Solitario</i>
HÉCTOR ALVARADO	158	<i>De la querencia</i>
DULCE MARÍA GONZÁLEZ	163	<i>Mujer</i>

ALFONSO OREJEL SORIA	164	<i>El miedo es una enfermedad contagiosa</i>
DAVID TOSCANA	169	<i>Un poeta local</i>
LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE	180	<i>¡Largo y sinuoso caminito de la escuela!</i>
PATRICIA LAURENT KULLICK	183	<i>Dos fantasías</i>
CRISTINA RIVERA GARZA	188	<i>El robo</i>
PEDRO DE ISLA	193	<i>Papá se pegó un tiro hoy a las 6:52 de la mañana</i>
REGINA SWAIN	209	<i>Dios Equis</i>
JUAN JOSÉ RODRÍGUEZ	216	<i>En este pueblo no hay cabrones</i>
JULIÁN HERBERT	223	<i>Soñar el sol</i>
CÉSAR GÁNDARA	236	<i>Llenar el vacío</i>
MIGUEL TAPIA	245	<i>Señor de Señores</i>
RODRIGO PÉREZ REMBAO	253	<i>Presents for Christmas</i>
GABRIELA RIVEROS	254	<i>Ven por chile y sal</i>
JULIO PESINA	264	<i>Todo en santa paz</i>
CÉSAR SILVA MÁRQUEZ	270	<i>Chaneque</i>
LILIANA V. BLUM	276	<i>Lucio en el cielo sin flash</i>
LUIS FELIPE LOMELÍ	288	<i>Jefe de jefes</i>
CRISTINA RASCÓN CASTRO	296	<i>Familia americana</i>
VICENTE ALFONSO	307	<i>Señas particulares</i>
ANTONIO RAMOS REVILLAS	313	<i>Arqueros de Babilonia</i>
LUIS JORGE BOONE	319	<i>Los relámpagos</i>
LUIS PANINI	327	<i>Gran pantalla</i>
	331	<i>Sobre los autores</i>

EDUARDO ANTONIO PARRA

.....

La tradición del norte

[Prólogo]

A lo largo de las últimas dos décadas –desde mediados de los noventa hasta la fecha– se ha escrito mucho de lo que la crítica literaria llama narrativa del norte o narrativa de la frontera en un torrente de análisis académicos, aseveraciones, discusiones y polémicas que, por momentos, levanta una especie de cortina de humo que impide contemplar de cerca las obras aludidas. Entre debates acerca de si es legítimo o no hablar de literaturas regionales en un país como el nuestro, tan centralizado, o únicamente de una sola literatura nacional, los narradores nacidos o radicados en el norte de la nación o fascinados por él se han multiplicado, alimentando con sus páginas un imaginario colectivo que se desenvuelve en líneas fronterizas, desiertos, cadenas de montañas, planicies, riberas y urbes populosas donde habitan o deambulan lugareños y migrantes, gringos extraviados e indígenas supervivientes, seres de carne y hueso y espectros surgidos de realidades alternas. Es decir, mientras aún se discute si México y su literatura conforman un bloque compacto, un todo indivisible, los narradores nortños escriben, y al hacerlo, con esa intención o sin ella, plasman las diferencias de lenguaje, de pensamiento, de idiosincrasia, de clima, de paisaje y de atmósfera que demuestran que este país es muchos países, y que cada uno de ellos cuenta con

particularidades que lo distinguen de los demás. Es por ello que entre las intenciones para reunir y publicar *Norte. Una antología*, está la de insistir en las distinciones regionales, tanto en lo que se refiere a los hombres y mujeres que habitan la realidad como a los personajes surgidos de la imaginación de sus creadores, pero también la de enfrentar al lector de modo directo con la obra de los narradores del norte, sin intermediarios, sin discusiones de por medio, sin la supuesta orientación crítica que en ocasiones tan sólo genera prejuicios en quien se acerca a la lectura lleno de curiosidad.

Otra intención es la de dejar en claro que la narrativa norteña forma parte de una tradición sustentada en una genealogía de autores que, por lo menos desde los albores del siglo XX, reflejan en sus relatos no sólo las obsesiones literarias personales que han dado forma y contenido a sus obras, sino también las características de su *ser norteño*, adquiridas desde la infancia y la adolescencia, que pueden advertirse en ciertos giros del lenguaje, en las alusiones al entorno o en el carácter de los personajes. Desde los tres miembros del Ateneo de la Juventud incluidos aquí, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes y Julio Torri –que bien podrían ser considerados fundadores de la literatura mexicana contemporánea–, pasando por los narradores clásicos de la Revolución, como Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello, hasta cuentistas portentosos como José Revueltas e Inés Arredondo, hay en las presentes páginas un “aire de familia” que cualquier lector será capaz de reconocer. Un “aire de familia” que niega esa impresión, tan presente en la mente de ciertos críticos, de que la narrativa del norte publicada en los últimos años surgió de la nada, en una suerte de generación espontánea, debido entre otras cosas a fenómenos como las oleadas migratorias hacia los Estados

Unidos, la sobrepoblación en las ciudades fronterizas o la violencia originada por los cárteles del narcotráfico.

No, la narrativa del norte no es un movimiento reciente y su producción tampoco está ligada a ningún suceso específico. Ni siquiera en los inicios del siglo anterior se relacionó cien por ciento con los avatares del movimiento revolucionario, aunque habría que reconocer que las batallas, los motivos y el carácter de los “alzados” dieron material a novelistas y cuentistas por varias décadas. No. Desde hace alrededor de cien años, los narradores formados en las regiones septentrionales del país—emigrados o no a la capital— se dieron a la tarea de escribir sobre sus obsesiones literarias particulares, sobre sus universos internos, sobre las experiencias que les iba dejando la vida, en fin, sobre los temas que les atraían, la mayor parte de las veces sin que les importara si tales temas tenían que ver con una realidad social específica o si descubrían con sus relatos geografías inéditas para la literatura mexicana. Su intención era escribir literatura, y eso fue lo que hicieron. No importa que muchos de ellos—hasta los actuales—se dedicaran al periodismo. Cuando se sentaban a escribir narrativa, las crónicas, las notas periodísticas y los reportajes quedaban fuera de su horizonte, aunque las técnicas y las perspectivas en ocasiones influyeran en su modo de escribir. No estaban dando noticias: estaban creando historias. Y como escritores individuales, personales, únicos, desde un punto de vista literario sería imposible agruparlos en un conjunto homogéneo o encasillarlos en alguna corriente o periodo de las letras mexicanas.

Como comenzaron su producción en los albores del siglo XX, cuando en el país ya habían quedado atrás la inexperiencia literaria decimonónica, los intentos fallidos, la larga serie de ensayos-error en la que incurrieron sus mayores, desde muy

pronto definieron su vocación para convertirse en artistas de la palabra, en escritores a secas, convencidos de que, para serlo, primero debían conocer con profundidad la lengua española, su herramienta principal, las técnicas narrativas, la tradición literaria nacional y del resto del mundo, y los libros actuales de sus colegas nacionales e internacionales. Debían ser “contemporáneos de todos los hombres”. Y lo fueron. Por eso, desde los inicios, los relatos de los narradores norteños se componen tanto de fragmentos de la realidad más palpable como de quimeras, sueños, animales imposibles, seres fantasmales que provocan terror, glosas y parodias de piezas clásicas, reinterpretaciones de otras obras, observaciones psicológicas y aventuras de la imaginación, escritas con una prosa llena de resonancias poéticas, reflexiones eruditas, ironía y humor, claridad y precisión.

Todo ello se advierte en los cinco nombres que abren *Norte. Una antología*. Y al repasar los relatos incluidos de estos autores, es posible afirmar que en el siglo XX la narrativa del norte nació entera, de una pieza, sin fisuras ni titubeos. Es cierto, con seguridad ni Julio Torri ni Rafael F. Muñoz ni los demás estaban conscientes de que inauguraban una tradición regional —ellos pensaban en términos de literatura mexicana, o tal vez ni eso: buscaban integrarse a una tradición universal—, pero con el solo hecho de escribir fincaron las primeras piedras de un edificio que desde entonces no ha dejado de expandirse.

Y si la primera generación de narradores del norte nació tan entera que su obra devino piedra angular de una tradición, las siguientes promociones ratificaron su entrega vocacional a la literatura contemplada como arte mayor. Autores como Ramón Rubín, José Revueltas, Edmundo Valadés, Abel Quezada —quien destacó sobre todo en la caricatura, pero es también

un cuentista *sui generis*— e Inés Arredondo fueron apareciendo en el panorama de las letras nacionales para elevar el oficio narrativo, en especial la escritura del cuento, hasta su punto culminante en lo que se refiere a dominio de las técnicas, calidad estilística y profundidad en las historias (en lo personal, considero a José Revueltas y a Inés Arredondo entre los más importantes cuentistas mexicanos, tan sólo equiparables con Juan Rufo y Juan José Arreola). Todos ellos conservaron la variedad temática, de acuerdo con sus intereses personales, e incluso la ampliaron: combinaron hallazgos estructurales, estilísticos y estratégicos con argumentos donde lo social se mezcla con lo subjetivo, la realidad con lo onírico o lo fantástico, el oficio literario con la vida, lo urbano con lo rural, la experiencia individual con los acontecimientos masivos. Atentos a las transformaciones de su tiempo, centraron su atención en el interior del ser humano moderno sin soslayar los sucesos objetivos. Casi todos ellos, además, emigraron de su región de origen a la capital del país o a alguna de las urbes mayores, con el fin de estar cerca de los núcleos culturales, de los periódicos, de las revistas literarias, de las editoriales, como lo exigía la época. Por este motivo —o porque así lo pedía su vocación de no permitir que nada les fuera ajeno— sus relatos pueden situarse en cualquier sitio, de preferencia dentro de los límites del país, aunque en varios de los autores de este periodo incluidos en estas páginas resulta notable la inclinación a “contar su aldea” —como alguna vez aconsejara el gran Tolstoi— para de ahí despegar hacia la universalidad.

Conforme el tiempo transcurría, la necesidad de dejar el lugar de origen para trasladarse a la capital fue convirtiéndose en simple opción. Con el avance del siglo XX —y, sobre todo, de las comunicaciones— y con el crecimiento cultural de las

ciudades de la región, muchos de los narradores norteños pudieron ejercer el oficio sin tener que abandonar el terruño, lo que si bien les restó al principio oportunidades de ser más conocidos y leídos a nivel nacional e internacional, también dotó sus historias de una mayor autenticidad, de un lenguaje más arraigado en el suelo que pisaban, de rasgos más enfocados en “lo suyo”. Claro, no todos permanecieron en casa, otros siguieron el camino señalado por las generaciones anteriores, pero incluso éstos emigraron al centro con grandes porciones del norte en la cabeza. Entre los últimos quizá los ejemplos principales serían Daniel Sada, Federico Campbell y Víctor Hugo Rascón Banda, que aunque no circunscribieron del todo su obra a una temática y a un lenguaje norteños, la mayor parte de su quehacer narrativo siempre estuvo permeado por ellos. Y entre los que se quedaron destacan sobre todo Jesús Gardea y Ricardo Elizondo Elizondo, quienes junto con el mencionado Daniel Sada conforman lo que en la década de los ochenta fue conocido como el grupo de “narradores del desierto”, es decir, la primera clasificación o etiqueta que se utilizó para designar a los autores de la narrativa del norte desde un punto de vista académico, y que se debe al crítico literario Vicente Francisco Torres.

Fue acaso en esta etapa cuando comenzaron a quedar fijos algunos de los aspectos de la narrativa del norte que ya estaban presentes desde los tiempos de Martín Luis Guzmán y sus compañeros norteños del Ateneo de la Juventud, pero que entonces pasaron desapercibidos porque no se contaba con una perspectiva adecuada: el lenguaje, el espacio y la acción. Incluso en su versatilidad, es decir, sin que importe el tema que se aborde, la obra de los narradores del norte muestra casi siempre una preocupación por las palabras, tanto en lo

que se refiere a captar los términos de uso popular –rescate–, como a aprehender el ritmo, la respiración del habla de los habitantes del norte. La intención, por supuesto, no es llevar a cabo un simple registro, sino hacer literatura con esas palabras, transformarlas en la materia dúctil de la narrativa. Otro aspecto es la presencia del paisaje –rural o urbano– y del clima. No podría ser de otra manera ya que ambos, léxico y hábitat, constituyen el pensamiento y el modo de ser norteños, la idiosincrasia. Y el último elemento es la acción: en la narrativa del norte predominan el movimiento y la tensión dramática que se desenvuelve en espacios abiertos, por encima de la reflexión o las escenas desarrolladas en ámbitos cerrados.

Estos aspectos, constantes en los llamados “narradores del desierto” y el resto de los miembros de su generación, fueron asimilados por quienes se dieron a conocer en la década del noventa –cuando ya la crítica comenzó a hablar de los narradores del norte o de los narradores de la frontera–, que añadieron a los ya citados un cuarto elemento fundamental en sus obras: la presión de la cultura estadounidense, de sus usos y costumbres, de su idioma, sobre todo en las ciudades de la franja fronteriza. Y si bien los más mencionados en este grupo son Élmér Mendoza, David Toscana, Luis Humberto Crosthwaite, Cristina Rivera Garza, Juan José Rodríguez y Julián Herbert, se trata de una promoción bastante fuerte formada por muchos nombres más, que ha plasmado ya de manera indeleble en el imaginario colectivo la existencia de un norte mexicano diferente al resto del país, con hombres y mujeres que presentan ciertas particularidades respecto del resto de los mexicanos, con historias que sólo pueden ocurrir, digamos, en Tijuana, en Culiacán, en Monterrey, en Mazatlán, en el desierto, en la sierra o en esa zona ambigua donde se dan las fantasías

oníricas o fantásticas. Con esta camada, que fue la última en darse a conocer en las postrimerías del siglo XX, aun aparecieron dos nuevos aspectos más que caracterizan a la narrativa del norte en la actualidad: la experimentación constante, la búsqueda de nuevas formas de expresión, cuya principal impulsora es Cristina Rivera Garza, y la internacionalización de los autores, que poco a poco se ha ido vertiendo a distintas lenguas.

Por supuesto, como ocurre con cualquier literatura regional, nacional o idiomática, la narrativa del norte está en constante cambio, en evolución, y los escritores de la última promoción que pertenece a ella –los que aparecieron en el cambio de milenio, y se han dado a conocer de modo definitivo en el siglo XXI–, sin abandonar las bases establecidas por la tradición, continúan explorando caminos nuevos, abriendo nuevas rutas tanto temáticas como técnicas, acudiendo a géneros y subgéneros antes desdeñados por narradores y críticos –como la ciencia ficción y sus derivados–, con el fin de mantener en el centro del debate literario esa producción regional que cada vez conquista más espacios y llega a un número mayor de lectores.

Norte. Una antología es, pues, una pequeña muestra de lo que los narradores norteros han escrito y publicado a lo largo del último siglo. Una pequeña muestra de una tradición amplia. Al reunirla, uno de los propósitos fue el de mostrar las obras a todos los lectores mexicanos posibles, pero muy en especial a los jóvenes que empiezan a acercarse a la literatura. Por esta razón, el criterio principal fue incluir en ella relatos que resultaran atractivos, emocionantes e inteligibles a quienes oscilan entre los doce y los dieciocho años de edad, pero sin olvidar a los mayores, pues quien lee toda la vida nunca deja de recordar

las historias que lo entusiasmaron en su adolescencia y regresa a ellas con frecuencia. Y como en toda reunión de relatos, florilegio o antología, en ésta no están todos los que son. Faltan nombres importantes y faltan relatos que hubiera deseado incluir, pero porque no se ajustaban al criterio principal o por motivos de espacio o por falta de oportunidad o por cualquier otra causa ya no pudieron estar presentes en estas páginas. Sin embargo, quien recorra las historias que integran *Norte. Una antología* obtendrá una clara idea de lo que los narradores nacidos, formados o apasionados por ese México situado más allá del Trópico de Cáncer escribieron y continúan escribiendo para fortalecer su propia tradición.

MARTÍN LUIS GUZMÁN

.....

La fiesta de las balas

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Porque ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro —y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí— que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya impresión se conservaba para siempre.

Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una parte los voluntarios orozquistas a quienes llamaban colorados; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de gran-

deza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba benigno con los otros. A los colorados se les pasaría por las armas antes de que oscureciese; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra los constitucionalistas.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o, según decía él: de “su jefe”.

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objetivo de la acción. Frío y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro —a quien nunca detuvo nada ni nadie— no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada de la noche. Hizo cabalgar a su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, cano por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba así al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas él no trataba de eludirlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Llevaba enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria —de la victoria, en la cual nunca creía hasta consumar-

se la completa derrota del enemigo—, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no apearse. Sentía como caricia la luz del sol—sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en fulgores encendidos y tormentosos.

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Vistos desde allí, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una sola ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar —y en su valer— y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo ni sentirlo, la palma de esa mano fue a posársele en las cachas de la pistola.

—Batalla, ésta —pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— y que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida, la cual trabó entre dos tablas, para dejar sujeto el caballo. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la valla más próximo a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del

corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial entonces, seguro de las órdenes recibidas, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Tornó Fierro al centro del corral, y otra vez se mantuvo atento a estudiar la disposición de las cercas y cuanto las rodeaba. De los tres corrales, aquél era el más amplio, y según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado restante no era una simple valla de madera, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales, veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la valla del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos secos, toscos, terminados en horquetas, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía la cadena de una garrucha, que también sonaba movida por el viento. En lo

más alto de una de las horquetas un pájaro grande –inmóvil, blanquecino– se confundía con las puntas del palo, resacas y torcidas.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo –seco y diminuto en la inmensidad de la tarde– y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel instante un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para eruirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

–¿Qué hubo con éstos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

–Parece que ya vienen ay –contestó el asistente.

–Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

–La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.

–Dácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

–Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

–¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

–No, mi jefe.

–No mi jefe, qué.

–Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

–Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo, para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

–¡Ah, qué mi jefe!

–Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

–¡Ah, qué mi jefe! –seguía pensando para sí.

Mientras tanto, del otro lado de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del primero de los tres corrales: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

–Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Fierro respondió:

–Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvió el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado lo bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de ella: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubrieran, en el acto mismo de traspasar la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encrespase su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por

el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase –frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

–¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecía como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo –Fierro disparó ocho veces en menos de seis segundos–, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que, por un extraño capricho de ese momento, separaban de la región de la vida la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de estar vivos; los soldados, desde su puesto, tiraron para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro –dos suyas, la otra de su ordenanza– se turnaban en la mano homicida con ritmo infalible. Cada una disparaba seis veces –seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir– y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el

suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis, lisa y cálida, del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora –fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales– duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspíes entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer, heridos, por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda, hecha de paja y tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

La ejecución en masa llegó a envolverse en un clamor tumultuario donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y al cabo morían; del otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y pugnaban por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta

terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Éstos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban, histéricos, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el grupo de los demás, a quienes trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovas sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso; con precisión sinies- tra iba tocándoles uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia –abiertos brazos y piernas– abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Sin embargo, uno de ellos, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato, para ver al fugitivo.

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura ya medio en sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreante a flor de suelo.

Un soldado levantó el rifle para hacer blanco:

–Se ve mal –dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, largo tiempo lo tuvo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; se lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así se mantuvo: largamente entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

—Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, de donde regresó a poco trayendo de la brida los dos caballos —el de su amo y el suyo—, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

—Desensilla y tiéndeme la cama —ordenó Fierro—; ya no aguanto el cansancio.

—¿Aquí en este corral, mi jefe?... ¿Aquí?...

—Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos menos con los montones de cadáveres. Éstos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos con la más pura limpidez de la luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, voz también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

–Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

–Ay... Ay... Ay...

Y este último “ay” llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

–Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

–Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

–Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

–¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

–¿Mi jefe?

–¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

–¿Un tiro a quién, mi jefe?

–A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?

–Agua, por favor –repetía la voz.

El asistente sacó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el

punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

[Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, en *Obras completas*, tomo I, libro séptimo, Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2010.]